«De lo que se pincha nada me engancha»

«Virgencita, que me quede como estoy»

Rosendo publica «La tortuga», su nuevo Lp

FRANCISCO J. SATUE

MADRID.— El último álbum de Rosendo se titula La tortuga. Once temas que subrayan la distancia de este guitarra de Carabanchel respecto a sus recordados tiempos de Leño, ferocidad urbana en el escenario, Es una mierda este Madrid y Castigo. «No sé si algún día llegaré a liberarme de esas canciones. No puedo pasarme toda la vida tocando el mismo repertorio», asegura Rosendo. Pero no hay amargura en esta observación.

Ha hecho cuentas. Empezó a tocar a los catorce. Por lo tanto, lleva veinte años con la guitarra a cuestas, viendo pasar a multitud de bandas que desaparecen antes de ser conocidas. Después de los setenta, que es como decir «después de Leño», apenas reconoce algo sorprendente o novedoso en el panorama de la música nacional. Disfruta contemplando la sorpresa de su hijo, la gorra de rapper en la cabeza, cuando escucha discos antiguos de Robert Palmer o Frank Zappa y brota la sorpresa. Ha creado una cierta escuela. Lo sabe. Lo acepta con una

Ahora su historia sigue otros derroteros. Juega al guá. Dice que no. Sigue siendo un animal de actuación en directo. Y ahora — «¡Vaya bicho tan feo!», comenta— se siente fascinado por las tortugas.

«Tal vez necesitaría dos años para preparar un disco más relajado u otro tipo de historias. Tal como está la vorágine, no puedo permitirme el lujo de dejar de grabar un disco al año», dice Rosendo. «Y más en mi caso, porque apenas se me escucha en los medios. Si no grabase un disco al año podría quedarme en el agujero y caer en el olvido en muy poco tiempo».

en muy poco tiempo».

«En los medios existe una idea preconcebida acerca de mí y de mi trabajo que no se corresponde con la realidad. Tal vez no se pinchan mis discos debido a que no se consideran comerciales o el concepto de comercialidad que hay ahora no coincide con lo que yo hago».

contra corriente. – «Tengo la sensación –añade- de estar contra corriente, haga lo que haga. Hablas ahora de Rosendo y hay gente que tiene muy claro quién soy, manejando una idea de hace diez años. Creo que en ese tiempo, manteníendo una línea, he cambiado muchísimo. Me jode un poco porque ya soy mayor. Más mayor. Empieza a pesar que me llamen el abuelete de la historia, sobre todo porque noto que es verdad».

La salida de un nuevo trabajo supone dedicarse por entero a la promoción, viajes, meses en el reducido circuito del rock, recaer en una cierta marginalidad y en la vida de carretera.

«A veces me paro, me rebelo y me encabrono cuando veo que lo que funciona en el país son niñerías. ¿Será posible? Me estoy rompiendo los cuernos aquí desde hace veinte años y llegan cuatro niños que dicen un par de estupideces y se lo llevan todo. Pero también pienso que es el precio que tienes que pagar por el lujo de ser diferente, como con Leño», dice. «Muchas veces me pregunto: ¿Cuántos de esos niños he visto entrar y salir, en estos años? Entonces me llevo las manos a la cabeza y me digo: Virgencita, que me quede como estoy. Para mí el éxito es

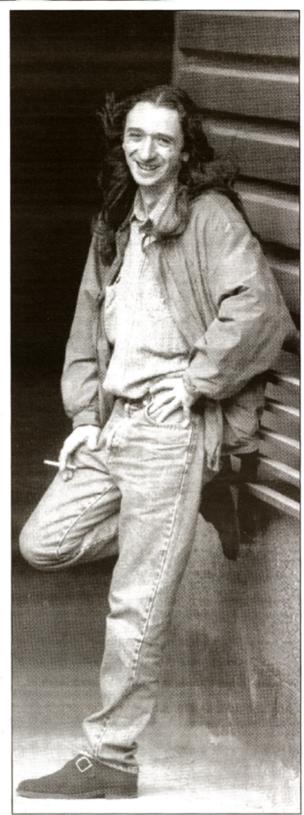
IMAGENES DE CIUDAD.— Billares. La vida de los barrios. Los ritos callejeros. Imágenes de la ciudad que Rosendo conoce. Y la tortuga. «Simplemente es una imagen, porque nunca he sido capaz de tener un animal en casa. La tortuga tiene que ver conmigo mismo. Un día me vi con un caparazón en la cabeza y reflejaba una tortuga, un animal muy tranquilo que aguanta y va a su rollo, le tiren lo que le tiren».

Rosendo enciende un cigarrillo tras otro. Nervioso, inquieto, irónico, rememora los seis meses de encierro en el estudio.

«Escucho poco la radio, no conozco nada de lo que hay. Vivimos en una vorágine de nombres raros y no me entero. Las niñerías no hay quien pueda escucharlas. De lo que se pincha casi nada me engancha. Hace poco me fijé en Red Hot Chili Pippers y su último disco me dejó hecho polvo. Pero sigo con los de siempre, el Clapton, el Gabriel, los Fix. No escucho mucho y eso tal vez no sea bueno porque mi academia, a fin de cuentas, es ésa».

La voz de Aurora Beltrán, la solista de «Tahúres Zurdos», es otro de los atractivos de un plástico donde Rosendo ha estado pendiente de todo, desde la composición hasta las letras y el diseño. Otro de los detalles sorprendentes es la cuidada pronunciación de las palabras. Algo impensable en el Rosendo de hace poco tiempo, que hizo de la dicción confusa un rasgo distintivo personal.

«Alguna vez me he planteado si controlar tanto el producto es bueno. Pero si tienes clara la historia no debes soltarla, aunque te quite cierta distancia para darte cuenta de las cosas. La colaboración de Aurora surgió sobre la marcha. Coincidimos con «Tahúres» en el estudio. La voz está improvisada sobre un tema de guitarra mío. Grabamos y descubrimos que la voz estaba superafinada. Decidimos dejarlo así»,



Rosendo lleva ya veinte años con la guitarra a cuestas./LARRY MANGINO

Rock-Sendo

Es Rosendo el batallador, el cañero, Rosendo de Carabanchel. Rosendo Mercado para la pequeña historia del malviviente rock mesetario. Ha superado los legítimos y forzosos malos modos que aportaban el rostro chungo de la movida madrileña (que, nos dicen ahora, nunca existió). Sus

discos suenan por los circuitos inquebrantables y semiclandestinos de los barrios bajos. Chicos de quince o dieciséis años que reaprenden la canija crónica del rock urbano de los 70 y los 80, donde ya falta Terry, el batería de los Topo, que la palmó hace casi nada y en silencio.